

1272
1

ALEJANDRE EN SU SIGLO DE ORO

por Angel Rana

Segundo Siglo de Oro de la poesía en España fue el exacto nombre con que Dámaso Alonso distinguió la obra de dos generaciones poéticas peninsulares, esas que se conocen, cabalísticamente, por dos números: 98 y 27. El período de convulsión nacional que va de la guerra con Estados Unidos en que España pierde sus últimas colonias americanas y llega hasta el día aciago de la entrada de Franco en Madrid poniendo fin a la guerra civil y a la República, fue también un resplandor nacional, un renacimiento que dio la medida del talante y de la vitalidad de una milenaria tradición cultural. Y aún puede prolongárselo, porque desde 1939 la intelectualidad de la diáspora (los transterrados) y la del exilio interior, continuaron tesoneramente dando esplendor a la cultura que el franquismo pretendía alojar.

Ese segundo Siglo de Oro, más áureo si cabe después de la opacidad del castellanismo del XVIII y el XIX ~~reintegracionista~~ se extendería a todos los géneros: incluiría superior ensayística (Unamuno y Ortega, Bergamín y Salinas, la actual promoción crítica), algunos buenos noveladores (voraz y adolescente lectura de don Fio, sorpresa de la escritura del Tirano Banderas, fastidio del turrón de Jijona de la prosa de Miró, desbarbo de Ramón Sender, sutil popularismo de Max Aub), excelentes dramaturgos (los esperpentos de Valle, el teatro poético de Lorca y Alberti) pero sin duda sería la poesía la que reinaría otra vez, como en el XVI y el XVII, con un ~~catálogo~~ ^(catálogo) impresionante de estrellas. Desde el mayor, el admirable Miguel de Unamuno cuya capacidad poética tantas veces fue negada (aunque ~~percibida~~ ^{percibida} tempranamente por nuestro "indio en Cortes", el embajador Rubén Darío) y que logró ganar póstumamente su batalla con la publicación del Cancionero, probablemente el diario poético más original de nuestra lengua, hasta el más joven de la generación del 27, ese Luis Cernuda que no era sino un estudiante que se levantaba a decir "presente" en la clase de su profesor de literatura, el también joven profesor Pedro Salinas, y a quien cabría la modificación drástica de la lírica por el artilugio de la "expresión coloquial" que generaría el tiempo actual de la poesía de España y a quien cabría asimismo abrir la requisitoria contra los mayores.

Si en la primera generación Unamuno, Machado (Antonio, aunque también Manuel) y Juan Ramón Jiménez constituyeron la Santísima Trinidad lírica, en la segunda los caminos se abren y la multiplicidad creadora es la norma. De los múltiples nombres conferidos a esa segunda generación, se ha consagrado el de 1927 por el

homenaje a Luis de Góngora en el tricentenario de su muerte, tan indicial de la nueva poética como la Andalucía en que lo festejaron y el patrocinante de la jornada: el torero Ignacio Sánchez Mejía. De una generación a otra España derivaba sobre sus muchos polos culturales, esos que tejen la pasión del regionalismo: del castellanismo del 98 (el viaje de Machado del patio sevillano a la Soria de los mustios encinares) pasamos al arrebatado andalucismo del 27 donde Granada, Sevilla, Cádiz y Málaga hacen suyo el cetro de la monarquía poética. Pero no será para reconstruir una España de "charanga y pandereta" como la que Reyes había urdido en El brujo de Sevilla, sino que este brusco asalto de la mediterraneidad traería desde un fondo ignoto la más profunda y misteriosa antigüedad. Como el hispanoamericano, cualquiera de esos jóvenes que venían de la Andalucía romántica (Alberti, Lorca, Altolaguirre, Cernuda) pudo haber clamado: "¡Oh, qué ^{anciano} ~~anciano~~ soy Dios ^{santo} ~~santo~~ ¡Oh, qué ^{anciano} ~~anciano~~ soy!", porque ellos eran como los toros de Guisando, casi muerte y casi piedra, porque bajo la rutilante fiesta que su poesía transportaba, la muerte juraba sus cartas y bajo la aérea red del cantar amoroso se desataban los monstruos de un inconsciente atávico. El cantar por soleares, el bárbaro ritual de la tauromaquia, el goce del pincel y la pintura, la destreza del ingenio y la soberbia del donaire, todo eso estaba ya acuñado por los manieristas españoles, por ese rutilante cordobés que podía ~~definirse~~ definirse con un verso: "Cuya frente, carro es brillante de nocturno día".

era revisible que ~~el~~ ^{el} ~~maestros~~ maestros de este vertiginoso ascenso por la década del veinte fueran Juan Ramón Jiménez, aunque también y más secreta y hondamente, lo serían el Picasso de las figuras monumentales y el Falla de las insondables noches cuando "las piquetas de los gallos ^{cavan} ~~buscaban~~ buscando la aurora". Y ese misterio juanrramoniano, el único cabal simbolista que había dado España en la raya del 900, puede servir para revisar la poesía joven de los veinte como la realización tardía de una estética simbolista que alcanzaría su plenitud en el Cántido de Jorge Guillén, como en cierto modo lo había alcanzado en Francia en El cementerio marino de Paul Valéry. Era el tiempo del gran debate sobre la "poesía pura" que predicaba el abate Brémond, el de la resurrección mallarmeana que conducía Valéry, el del intelectualismo hermético de los simbolistas rezagados, vía que se transitó paralelamente a las vanguardias estrechitas que siempre tuvieron mejor prensa. El arco que lleva de Juan Ramón a Jorge Guillén transita por la precisión y el rigor poético, ^{que} ~~que~~ de algún modo ^{por una valla} ~~estorata~~ al popularismo azucarado de los veinte: los gitanos verdes de Lorca, los maripositos con voces de Alberti, la cursilería franca y desembozada que

Gómez de la Serna había dignificado y Lorca ilustraría en Doña Rosita, las teorías sobre el ángel y el duende que ya habían ^{descendido} ~~caído~~ a los periódicos y las conferencias de Ortega y Gasset sobre la deshumanización del arte.

El olvidado de esa fiesta sería Antonio Machado (como lo había sido antes Unamuno en la fiesta modernista) y a ^(este recitado) ~~él~~ se le escaparía una queja en la página que escribió para la famosa Antología de Gerardo Diego (1932). Una queja tan discreta y atenta que casi no fue percibida, pero que resultó ~~una~~ ^{mayor} ~~contribución~~ ^{al} ~~giro~~ giro radical que hacia esa fecha del advenimiento de la República española se produce en la lírica peninsular. Machado habría de sustituir a Juan Ramón en el ministerio poético y habría de fijar las coordenadas de la poética realista que recogerían los escritores de la ~~éxxxxxxxxxxxxxxxx~~ resistencia al franquismo, pero esa sería una recuperación póstuma. Otra cosa se estaba produciendo en torno a 1931, fecha de la República, y en esa otra cosa que pondría fin al período simbolista de la poesía, estaba incluido Vicente Aleixandre.

Si él integró la generación del 27 fue como un zapador: para salvarla, la desvirtuó. Todavía en su primer libro, Ambito (1928), ~~se~~ se limitó a repetir servicialmente el modelo establecido, algo así como una aplicada plana de la poesía de Lorca y Alberti conjuntamente, con alguna pizca de Diego. Será en Espadas como labios (1932) y la previa Pasión de la tierra (1935), ~~escritos~~ escritos entre 1928 y 1931, donde se operará el vuelco. La proximidad de otros vuelcos simultáneos: el de García Lorca escribiendo el Poeta en Nueva York que recién se publicará póstumamente, el de Rafael Alberti dando a conocer Sobre los ángeles, el del mismo Dámaso Alonso que confiesa haber escrito en 1930 ~~los~~ los primeros poemas que continuaría muchos años después para publicarlos en 1944: Hijos de la ira, todo eso ha permitido hablar de la introducción del surrealismo en España y asimismo de la reinventación de un neorromanticismo. Es seguro que Aleixandre leyó a Larrea y a los franceses, aunque sólo ha reconocido haber leído a Freud, pero nada más lejos ~~de~~ de la cháchara bretoniana que esta demostración adulta de cómo se puede imprimir un cambio sustancial en una poesía a partir de una tradición que no se reniega sino que se acrisola. Lejos del mimetismo surrealista que a algunos estragos ha hecho, ~~el~~ ~~que~~ Vicente Aleixandre pone en libertad el lenguaje, lo electriza, recupera la ignición cósmica, desencadena los monstruos del mar y la tierra que se deslican, sobre todo abre la puerta al placer y retrocede hasta ^{vivirlo en} su estado primario irreductible. Pero todo ello se instala cómodamente en la corriente infinita de la lengua y la poesía españolas.

4

Esa fecha clave que marca el advenimiento de la República y por lo tanto el ~~avanzamiento~~ de una energía popular que se traduce en órdenes políticos, avienta los ~~educados~~ ^{educados} esquemas simbolistas. Es el primer paso decidido de una revolución que arderá entre 1936 y 1939 y es por lo tanto una recuperación honda y larga del pasado y un paso abrupto hacia el futuro. Comienza la hora de la verdad y caen muchas máscaras. ~~El mundo~~. Toda España se pone en movimiento y con ella los poetas: Rafael Alberti irrumpe en la ciudad y es el "poeta en la calle"; Pedro Salinas interroga la otredad en La voz a ti debida; García Lorca escribe La casa de Bernarda Alba reclamando "realidad, realidad, ni una gota de poesía". En la hispanizada calle ~~Velintonia~~ ^{Velintonia}, en el número 5, se reúnen con Vicente Aleixandre, Federico y Luis Cernuda, en sesiones de música y poesía, pero también, tal como las evoca en el borde de la confesión el más joven de ellos, en ~~tanquam~~ el reconocimiento de una verdad, no social, sino personal, la de la sangre que proclama el amor que no osa decir su nombre. Y sin embargo no es éste más que un mero epifenómeno de una fuerza más honda y más urgente y más antigua, que necesita dispersar la puntuación, encender las palabras, recuperar el placer como júbilo y condena, poner fuego al mundo. Terribles animales custodian este viaje, como ya están en Estados como labios:

Oh tú, toro hermosísimo, piel sorprendida,
ciega suavidad como un mar hacia adentro,
quietud, caricia, toro, toro de cien poderes,
frente a un bosque parado de espanto al borde.

Pero en esa reunión faltaba otro, el hispanoamericano de turno, que fue Pablo Neruda. Con él se clausura el magisterio juanrramoniano y las fuerzas se desatan. Es la hora de la "poesía impura" gozosamente proclamada en el manifiesto de estos poetas de Velintonia 5: "Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigilia, profecías, declaraciones de amor y odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos". Así lo reclama el primer número de esa revista de 1935, que volvió a rendir culto al animal potente: ~~el caballo verde~~ Caballo verde para la poesía. Es el año de La destrucción o el amor, con esa "o" iterativa, con las negaciones-afirmaciones que otorgan tono urgente a la poesía de Vicente Aleixandre, con esa plenitud ígnea del amor que ni siquiera en Sombra del paraíso (1944) se mostrará tan vivo:

Aguilas de metal sonorísimo,
arpas furiosas con su voz casi humana,
cantan la ira de amar los corazones,
amarlos con las garras estrujando su muerte.

Sí, sí, de acuerdo, los poetas son su tesoro personal, pero también son, paralelamente, el tesoro del tiempo sobre el que derivan, arrastrados y contruidos por el río que fluye. De 1928 a 1936, de Estradas como labios a Sombra del paraíso, es el tiempo de Aleixandre. Después, el incendio lo supera y desbarata porque no sabe interrumpirlo a su orbe. Sólo parece quedar sitio para las voces de Neruda, de Vallejo, de Alberti, del nuevo padre y maestro mágico Antonio Machado. Es el tiempo de Picasso construyendo la instantánea del horror con un caballo que grita como un hombre y con un toro milenario. Es el tiempo en ~~en~~ cuyo borde debió detenerse -fue detenido- Federico, no sin antes dejar ese poema ineludible de la lengua, el Llanto por Ignacio Sánchez Mejía, en el cual no solo "la piedra es una frente donde los sueños giran" sino que los toros de piedra de Guisando mugen como dos siglos. Desde la lejanía reflexiva del exilio, Rafael Alberti volverá a reconocerlo: "A a uel país se lo venían diciendo desde hace mucho tiempo. Mírate y lo verás. Tienes forma de toro".

Después de la masacre, sólo queda la retórica del llanto, en León Felipe, y un poeta mayor, quizás el más actual y contemporáneo de todos: el Luis Cernuda que en la boca de la guerra civil había publicado la primera edición de La realidad y el deseo, libro que desde 1936 seguirá creciendo hasta 1958. Todos los poetas sobrevivientes, quien más quien menos, reconducen su lírica por una nueva vía adoptando la fórmula humanitarista de Vicente Aleixandre: "poesía es comunicación". Tiene un aire compensatorio, de conciencia culposa, de tardía enmienda. Aleixandre publica Historia del corazón (1954) donde el hombre recupera su sitio y la naturaleza deviene el paisaje de fondo; Jorge Guillén inicia su segundo ciclo poético, Clamor, que integrarán tres libros, Marcanunus, ...Que van a dar a la mar, A la altura de las circunstancias; con más naturalidad también el tiempo irrumpe en Pedro Salinas, con Todo más claro y Confianza. No son malos libros, son excelentes ejercicios de poetas altamente dotados, pero ninguno de ellos podrá definirse por esta escritura: la adecuación al nuevo tiempo, por honesta y auténtica que sea, no rinde lo que en aquellos libros juveniles. Para un nuevo tiempo, nuevos poetas, que vienen tras Rosalca y Fanero: son Blas de Otero, Hierro, Celaya, que narran el duro mundo cotidiano. De la generación parece salirse Rafael Alberti, quizás porque no se deja apresar por ninguna fórmula: salta de Fleamar a los Retornos de lo vivo lejano, de las Baladas del Paraná a los cantos a la pintura, de las himnos políticos a las fábulas eróticas de sauroso regodeo corporal. Todo confirma en él una juventud que no cesa, como el rayo de Miguel Hernández, que ~~que~~bruce carente pasa de la tierra a la tierra.

Nacido en 1902, habiendo vivido en Inglaterra desde 1938 hasta 1947 y en Estados Unidos hasta 1952, para pasar a México donde muere en 1963, Luis Cernuda es

UN poeta exiliado, más que transterrado, aunque en México creyó recobrar su Andalucía natal, creador que desde hace poco tiempo viene recuperando España, ^{el}culmina esta generación del 27 y la trasmuta. ~~XXXXXXXXXX~~. Cuando en 1940, en su cuaderno Las nubes apareció el poema "Impresión del destierro", pudo sentirse que tras un largo viaje accidentado donde hubo esplendores, delicadezas, explosiones e ira, habíanos desembarcado en otro continente. Los poetas de aquellos fastos, Aleixandre entre ellos, se replegaban a los libros. La poesía recomenzaba desde este nuevo punto de partida. No se limitó a escribir la nueva poesía, sino que con acurra revisó la obra de su generación y ^{la}de sus mayores. De Aleixandre habló siempre con una admiración cómplice: "a veces me parece más que un contemporáneo nuestro, un contemporáneo de poetas lejanos de nosotros y cercanos a los orígenes literarios de nuestra lengua" dijo, pero también percibió el dogal de la convención social que acallaba la voz del poeta, lo situaba en las filas ordenadas de una sociedad pacata con la que transaba, le restaba lo único verdadero de sí, el acento salvaje, y le conducía a la Academia y a la ponderada ^{sindéresis.} ~~XXXXXXXXXX~~. Pero el recuerdo de aquel otro que vivió en la conciencia del pecado, en la atracción sensual, en la animación de la naturaleza, en la libertad de las palabras, lo condujo a respetarlo. Había cabalgado un hipogrifo violento, había expresado "las fuerzas primarias del mundo, el deseo, el miedo, el espasmo, la muerte, ya aisladas, ya enlazadas formando un monstruo de dos caras: la aspiración a perpetuarse, la aspiración a desaparecer".

ANGEL RAMA